

6° domingo de Pascua B/2012

Las lecturas de este sexto domingo de Pascua nos hablan del amor de Dios que es imposible sin el amor a nuestros semejantes. Ellas nos invitan también a hacer del concepto "de amor" el paradigma que define nuestra pertenencia a Dios y nuestra relación el uno con el otro.

La primera lectura describe uno de los incidentes principales que han transformado la vida de la primera Iglesia. De hecho, la enseñanza de Ley de Moisés enseñó que los judíos no deberían tener ninguna relación con los paganos. Sin embargo, Pedro va a violar este principio e ir a la casa de Cornelio, de acuerdo con lo que indica el Espíritu Santo.

En cuanto entró a la casa de Cornelio y comenzó a hablar, el Espíritu Santo descendió sobre todos que estaban escuchando el mensaje, aunque ellos no habían sido bautizados. Ese incidente convenció a Pedro que Dios no demuestra ninguna parcialidad, es decir, que Dios ama a cualquier persona que actúe correctamente independientemente de la nación que sea. Como consecuencia, Pedro bautizó a todos en nombre de Jesucristo.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es el Dios de todas las naciones y de todos los pueblos. Por lo tanto, no discrimina a ninguno de quienes lo buscan con sinceridad. Desde esa perspectiva, cada persona, hasta un pagano, es importante ante Dios. Lo que cuenta más, entonces, no es nuestra posición social, sino el hecho de ser las criaturas de Dios. Por eso, nosotros deberíamos ser siempre respetuosos de los demás, aun cuando ellos no compartan nuestra fe. Otra idea es el reconocimiento que Dios ama a todos y cada uno del mismo modo. Su amor suprime todas las barreras que los seres humanos erigen para separarse unos de otros.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy cuando Jesús habla de su amor en que tenemos que permanecer y que tenemos que mostrar unos a otros. En primer lugar, Jesús declara que, como el Padre lo ama, él nos ama. Como, él nos ama, él nos impone permanecer en su amor. A fin de permanecer en ese amor, tenemos que guardar sus mandamientos y amarnos los unos a los otros como él nos ama.

La razón por la que Jesús nos dice todo esto es que él quiere que su alegría este en nosotros y que nuestra propia alegría sea plena. Sin embargo y a pesar de esta alegría, debemos sacrificar nuestra vida por el bien de nuestros semejantes, porque nadie tiene más grande amor para los demás que el que da su vida por ellos.

Jesús llama amigos a los que creen en él, porque él les ha dicho todo que él ha recibido de su Padre. Esas personas no son esclavos, porque un esclavo no sabe lo que su maestro piensa o hace. Jesús termina su discurso recordándonos que la iniciativa de ser discípulos no viene de nosotros, sino de él. Lo que él quiere de nosotros es que permanezcamos en él y que amemos los unos a los otros.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Lo primero es la alegría de ser elegidos. De hecho, hay una alegría en ser elegido entre muchas otras personas para ser la parte de un grupo o un equipo. Este es lo que pasa cuando hay un concurso, como por ejemplo, los ídolos americanos o "miss" mundo.

Después de que los competidores dan todo lo que tienen, sólo unos cuantos son elegidos como ganadores, mientras muchos otros son excluidos. En cualquier momento que algo así pasa, los ganadores brincan para la alegría porque se les considera digno de un

premio. Esta, sin embargo, es la parte intrigante. Los que son elegidos triunfan debido a su habilidad o su belleza. No hay nada gratis; ellos lo ganaron por el sudor de su frente.

Cuando Jesús dice que él nos ha elegido, no es debido a nuestros méritos, sino a causa de su amor por nosotros. En cuanto al amor que Jesús nos da, no hay nada de que jactarse, porque todo es un regalo. Es nuestro privilegio ser elegidos por amor a fin de ser su discípulo.

Como somos elegidos por amor, tenemos que reproducir ese amor en nuestra relación con Jesús y con los demás. Entonces, entendemos por qué Jesús dice, “Permanezcan en mi amor”... “Amanse los unos a los otros”.

En ese sentido, se hace claro que somos elegidos a fin de amar. Nuestro papel entonces como discípulos de Jesús, es dar amor. No estamos allí para competir o pelear unos con otros; sino para amar. Nosotros no estamos llamados a odiarnos sino a amarnos. Es el mandamiento que hemos recibido y tenemos que practicar. Si lo hacemos, honramos a Jesús y si lo despreciamos, deshonoramos a Jesús.

El segundo punto que quiero destacar es la alegría de ser amigo. De hecho, ser amigo, sobre todo de alguien importante o famoso, es un gran privilegio y un honor. Lo que es interesante en el Evangelio de hoy es que Jesús contrasta la amistad con la esclavitud. En este país, el concepto "esclavo" evoca cosas muy negativas y es algo que a nadie le gustaría ver otra vez.

En verdad, la relación de maestro-esclavo fue una las más dolorosas. Por ejemplo, un esclavo era más que un bebé, presentado al dictado de su amo y cuyo papel principal era el de hacer su voluntad y el deber confiado a él. Un amo nunca podía tomar en cuenta la opinión de su esclavo sobre algún problema que había. A diferencia de un esclavo, un amigo es un confidente y un aliado de confianza, a quien alguien puede abrir su corazón y hablar de sus proyectos.

Cuando Jesús nos llama sus amigos y no sus esclavos, significa que él nos ha puesto en una relación de confianza. Él nos ha abierto su intimidad porque todo lo que él ha recibido de su Padre, él se ha comunicado con nosotros. Él nos ha abierto su corazón y nos ha dicho la verdad entera sobre nuestra salvación. A fin de cuidar esa amistad sólo es necesaria una cosa: obedecer sus mandamientos. Esto es el desafío que tenemos como cristianos.

Oremos, entonces, porque el Señor nos ayude a amarnos los unos a los otros como él nos ama. Pidámosle el coraje necesario para obedecer sus mandamientos. Como celebramos hoy el Día de las Madres, recemos por todas nuestras madres, muertas y vivas, que el este con ellas. A las que ya fallecieron, que les dé la vida eterna y a las que viven, que les bendiga. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Hechos de los Apóstoles 10, 25-26. 34-35. 44-48; 1 San Juan 4, 7-10; Juan 15, 9-17



Fecha de la Homilía: el 13 de Mayo, 2012
© 2012 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20120513homilia.pdf